



“En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12)

JESÚS EL SEÑOR

Autor Alberto Prokopchuk

Lectura bíblica: Romanos 10:8-11

La mayoría de los padres enseñan buenos modales a sus hijos para que aprendan a respetar y también para ser respetados cuando crezcan. Les enseñan a pedir permiso, a saludar a las visitas, a disculparse cuando han cometido un error, a decir gracias cuando reciben algo y también a dirigirse a los adultos diciéndoles “señor” o “señora”, sobre todo si no los conoce y no tiene suficiente confianza.

Es muy difícil que alguien llame “señor” a alguien muy joven, porque este título está reservado para mayores de treinta años o mucho más. Además, este título carece de importancia en la sociedad en que vivimos, aunque en épocas pasadas no fue así.

En la Edad Media (aproximadamente entre los años 500 al 1500 después de Cristo) incluso hasta el siglo XVIII la palabra “señor” no se la decía a cualquiera sino solamente a los nobles, quienes eran nombrados por los reyes dándoles, además de su título, tierras y campesinos que las labraran. Estos “señores” tenían absoluta autoridad sobre esta gente, como si fueran sus esclavos.

Todavía nos quedan hasta el día de hoy, resabios del imperio romano y del idioma latín, donde al “señor” se lo llamaba “Don” que es una abreviatura de *dominus*, (que significaba “maestro, propietario y luego señor) y “Doña” de *donna* que significa “señora que manda”

Pero a nosotros nos interesa saber por qué a Jesucristo se lo llama “Señor” y por qué es tan importante este título de Jesús para todos los cristianos del mundo entero.



¿Qué enseña la Biblia sobre esta palabra?



Para comprender el alcance y el poder que tiene esta palabra, veremos su desenlace en toda la Sagrada Escritura:

1. Era un título honorífico para personas destacadas.

En el Antiguo Testamento, se utiliza la palabra “señor” para referirse a personas respetables. Por ejemplo, cuando Abraham quiso comprar la cueva de Macpela para enterrar a su esposa Sara, los hijos de Het, que dominaban ese territorio, le dijeron “Óyenos, señor nuestro: eres un príncipe de Dios entre nosotros; “(Génesis 23:6)

2. Era una forma de dirigirse a los padres.

Raquel llamó “señor” a su padre según Génesis 31:35: “Y ella dijo a su padre: No se enoje mi SEÑOR, porque no me puedo levantar delante de ti;”

3. Algunas veces se utilizaba entre hermanos.

Como en el caso Jacob, para mostrar un gran respeto a su propio hermano Esaú y para aplacar su enojo, lo llamó “señor” en Génesis 32:18 “entonces dirás: Es un presente de tu siervo Jacob, que envía a mi SEÑOR Esaú; y he aquí también él viene tras nosotros”.

4. El título de “señor” era dado a los gobernantes y reyes.

El Faraón o rey de Egipto fue considerado “señor”: Génesis 40:1 “Aconteció después de estas cosas, que el copero del rey de Egipto y el panadero delinquieron contra su SEÑOR el rey de Egipto.” Y después que José fue elevado hasta ser segundo de Faraón, también fue llamado “señor” en Génesis 42:6 “Y José era el SEÑOR de la tierra, quien le vendía a todo el pueblo de la tierra; y llegaron los hermanos de José, y se inclinaron a él rostro a tierra.”

5. También llamaban “señor” a los líderes religiosos.

Como lo hizo Josué con Moisés: Número 11:28 “Entonces respondió Josué hijo de Nun, ayudante de Moisés, uno de sus jóvenes, y dijo: SEÑOR mío Moisés, impídelos.”

6. Por sobre todo, llamaban “Señor” a Dios mismo.

En el idioma hebreo “Señor” se dice “*Adonay*”. Por eso, leemos en Éxodo 4:10 “Entonces dijo Moisés a Jehová: ¡Ay, SEÑOR! (*Adonay*) nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua.”

Y cuando tradujeron la Biblia hebrea al idioma griego, en lugar de *Adonay* escribieron *Kirios*, que significa “Señor”.

Para que hacer aún más profunda la distinción entre un “señor” humano y Dios como Señor, se remarcó su autoridad absoluta sobre toda autoridad llamando a Dios “Señor de señores” Deuteronomio 10:17 Porque Jehová vuestro Dios es Dios de dioses y SEÑOR DE SEÑORES, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni toma cohecho;”

También se le agregó el artículo “El” y Dios fue llamado “El Señor”, por ejemplo Salmos 68:20 dice “Dios, nuestro Dios ha de salvarnos, y de Jehová EL SEÑOR es el librar de la muerte.” Y en Salmos 71:16 leemos “Vendré a los hechos poderosos de Jehová EL SEÑOR; haré memoria de tu justicia, de la tuya sola. Y también en Salmos 147:5 el salmista exclama: “Grande es EL SEÑOR nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito.”

Por lo tanto, queda bien en claro que hay un solo Dios y no hay otro, como dice en Isaías 46:9 “Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y NO HAY OTRO Dios, y nada hay semejante a mí,” Y que Dios es El Señor.

Y de pronto aparece Jesucristo llevando sobre sí este atributo exclusivo dado únicamente a Dios, como por ejemplo “Señor de señores” en Apocalipsis 17:14 donde dice “Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es SEÑOR DE SEÑORES y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles.”. No existe ninguna duda que el Cordero es Jesucristo, y él es Señor de señores.

Afirmar que Jesucristo es El Señor fue un escándalo para los judíos porque con este título se igualaba al único Dios. Y el apóstol Pablo fue más allá diciendo “que si confesares con tu boca que Jesús es el SEÑOR, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.” (Romanos 10:9) y en Romanos 10:13 vuelve afirmar lo mismo diciendo: “porque todo aquel que invocare el nombre del SEÑOR, será salvo.” Y remata diciendo:

“Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser SEÑOR así de los muertos como de los que viven” (Romanos 14:9)

El apóstol Pablo volvió sobre el mismo tema cuando escribió a los Filipenses diciendo que Jesús “estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.” (Filipenses 2:8-11)



¿Qué importancia tiene que se confiese a Jesucristo como Señor? Además, ¿es lo mismo decir “Jesús es el Señor” que confesar que es el Señor? ¿Qué significa “confesar”?



Confesar significa “Manifiestar la verdad sobre hechos, ideas o sentimientos que antes estaban ocultos”, también significa “declarar ante el juez la culpabilidad o la falta” o también “reconocer ante otra persona algo evidente”.

Casi siempre la confesión se produce después de una lucha interior, porque muchas cosas entran en juego. Antes de confesar algo la persona piensa en las consecuencias que vendrán como resultado de su confesión. Si es culpable de una falta, una confesión puede significar la ruptura de un matrimonio, o la pérdida de un trabajo, o el distanciamiento de un amigo y, en último caso, ante un juez puede resultar en una condena.

Por eso, confesar que Jesucristo es el Señor envuelve nuestros sentimientos, nuestra voluntad y todo nuestro ser, porque se pone en juego nuestro futuro. Y antes de esta confesión, como en toda confesión, entramos en una lucha interior, si estamos dispuestos o no, para que Jesucristo sea el que nos gobierne.

Si lo confesamos, él también nos confesará. En Mateo 10:32 Jesús dijo: “A cualquiera, pues, que me CONFIESE delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.” Confesar a Cristo significa reconocer abiertamente nuestra fe en Él, nuestras creencias, y nuestro compromiso con Jesús. Porque a ninguno de nosotros nos gustaría que nuestros amigos, por vergüenza digan que no nos conocen, o que no saben quiénes somos. Y si se comportan de esta manera, no los consideraremos nuestros amigos. Lo mismo ocurre con Jesucristo. Para tenerlo de nuestro lado, debemos confesar que él es el Señor, y seremos salvos.



(Testimonio de conversión del facilitador o de algún miembro del grupo)

¿Quieres confesar que Jesucristo es el Señor? Si lo confiesas, serás salvo. Si quieres entrar en la vida eterna, puedes repetir esta oración



ORACIÓN: Dios mío, después de pensarlo bien, confieso que Jesucristo es el Señor, confieso que murió por mis pecados en la cruz y que lo resucitaste para que yo sea salvo y para que sea el Señor de mi vida. Confieso mi fe en él, y lo recibo en mi corazón. Amén.

INSTRUCCIONES PARA EL FACILITADOR O DISCIPULADOR

NUEVO FORMATO

1. El formato de los GBC será primordialmente evangelístico durante todo el año.
2. En cada reunión se presentará el evangelio y se dará la oportunidad para que las visitas reciban a Jesús en sus corazones.
3. Antes de la oración, el facilitador contará su testimonio de conversión o pedirá a un miembro del grupo o de la iglesia que lo haga. No debe extenderse en detalles, sino en lo más importante.
4. Luego se leerá la oración que está al final del estudio bíblico. Se preguntará si desean recibir a Jesucristo con esa oración. Si hay alguna respuesta positiva, se volverá a leer en voz alta de manera conjunta, y se le dará la bienvenida a la familia de Dios.
5. Luego se orará por las necesidades personales o familiares de los invitados. En cuanto a los miembros de la iglesia, se sugiere que reserven sus pedidos para presentarlos en las reuniones de oración de la iglesia. Todos deben tener presente que nos enfocaremos en la salvación de los invitados, su crecimiento espiritual, su bautismo y su incorporación a la iglesia de manera plena.

DETALLES PARA TENER EN CUENTA

1. No siempre se darán las condiciones para llevar a cabo un encuentro “tradicional” con un grupo, por lo cual, el facilitador, algunas veces tendrá que salir del “molde”, sobre todo si la reunión se hace en el hogar de una familia nueva y que recién comenzó a mostrar cierto interés en el evangelio, o que acaba de aceptar a Cristo en una campaña. Por eso, debe utilizar el sentido común y la guía del Espíritu Santo para saber cómo orientar la presentación con cada lección.
2. Los nuevos creyentes necesitarán alimentarse de la Palabra de Dios continuamente, por lo tanto, se les regalará el folleto “Día a día” que contiene versículos bíblicos para cada día. Podrán seguir esta rutina por dos semanas, y si continúan asistiendo, se les entregará un Nuevo Testamento y se les pedirá que lean al menos dos capítulos por día.
3. También tendrán que aprender a orar, y la mejor forma es que asistan a las reuniones de oración de la iglesia. Uno aprende a orar orando.
4. En el proceso, se les ofrecerá el curso “Los primeros pasos en la vida cristiana” y luego “Didaktikos”